

LA SEGUNDA FÓRMULA

A PRUEBA

Las elecciones estadounidenses de noviembre de 2000 despertaron un interés internacional mayor que cualquier otra carrera por la presidencia de la que haya constancia. En parte, se trataba de un reflejo de las cotas sin precedentes alcanzadas por el poder estadounidense en la última década del siglo xx, con repercusiones en todo el planeta; en parte, también, de un reflejo de lo insólito del desenlace. El significado del resultado debería, no obstante, considerarse dentro de un contexto histórico más amplio. Los últimos veinte años han sido testigos de dos ciclos políticos en el núcleo euro-estadounidense del capitalismo avanzado, ambos bajo el signo del neoliberalismo. El largo declive de la economía mundial, iniciado a principios de la década de 1970, desembocó en un ámbito regimetal muy inestable, carente de frentes de alianza consistentes: Ford, Wilson, Giscard, Schmidt. Pocos años después, las administraciones a la izquierda del espectro político establecido –Carter y Callaghan– emprendieron el giro hacia soluciones monetarias a la crisis. Pero, a finales de la década, se produjo una ruptura, y este escenario mixto dio paso a un modelo político claramente definido. Hacia 1982, los gobiernos de la derecha radical o moderada se habían hecho con el poder en todo el mundo noratlántico: Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, Alemania Occidental, el Benelux y Escandinavia. Su misión global consistía en cambiar la relación de fuerzas entre capital y trabajo allá donde fuera necesario –principalmente en Gran Bretaña y Estados Unidos– tras las duras luchas de clases por aplastar la resistencia a un nuevo orden. La desregulación, la reducción de impuestos, la desindificación y la privatización se convirtieron en los principales motores de un envite sostenido por instaurar un marco económico neoliberal. Los regímenes pioneros de esta ola fueron el gobierno de Thatcher en Gran Bretaña y la administración de Reagan en Estados Unidos, que fijaron los parámetros de la década –seguidos, con menores cotas de entusiasmo, por gobiernos de derechas de toda la Europa septentrional, incluidas zonas tradicionales de dominio socialdemócrata en Escandinavia–. Durante este mismo período, en la Europa meridional, históricamente menos avanzada como entorno social, predominaban, en muchos de los casos por primera vez, gobiernos de centro-

izquierda. Pero, desde el punto de vista programático, París, Roma o Madrid estaban obligadas a actuar dentro de los parámetros fijados en Washington, Londres y Bonn. En las antípodas, los gobiernos laboristas de Hawke y Lange fueron todavía más lejos que Mitterrand o González en la persecución de los objetivos comunes de la época. La derecha dominaba el panorama internacional y establecía la pauta para las distintas administraciones en todo el mundo. Adaptando una expresión de Gramsci, la «fórmula orgánica» del neoliberalismo –es decir, la versión más poderosa y coherente de su hegemonía– estaba encarnada en los regímenes de Reagan y de Thatcher.

Cuando la Guerra Fría tocó a su fin, este modelo cambió. Durante la siguiente década, regímenes de centro-izquierda llegaron al poder en Estados Unidos, en el Reino Unido y a lo largo de la mayor parte de Europa Occidental. Una vez más, Washington y Londres marcaron el camino, ya que fueron los regímenes de Clinton y de Blair los que fijaron el tono y la dirección del nuevo período. Con su llegada, la «fórmula orgánica» del neoliberalismo experimentó cambios sustanciales. Una dinámica continuada de desregulación –tanto del mercado financiero como del mercado laboral– se rodeó ahora de gestos de conciliación social: gotas homeopáticas de redistribución fiscal, de creación de empleo o de reforma educativa. Globalmente, el alcance geográfico de esta ola ha sido más amplio que el de su predecesora. Hacia los últimos años de la década, los partidos de centro-izquierda detentaban el poder en Estados Unidos, en Canadá y en casi todos –doce de quince– los países de la Unión Europea¹. Una vez más, se podían encontrar excepciones en el sur: los regímenes de centro-derecha de España, Australia y (hasta hace poco) Nueva Zelanda, obligados a su vez a respetar los imperativos definidos más al norte. Estructuralmente, la hegemonía neoliberal se vio todavía más reforzada en este período, no sólo gracias a las medidas políticas en marcha –reforma del Estado del bienestar y abrogación de la ley Glass-Steagall con Clinton, independencia del banco central e introducción de iniciativas financieras privadas en el sistema sanitario con Blair, ventajas fiscales para las empresas y reforma de las pensiones con Schröder y aceleración de los procesos de privatización con Jospin–, sino, de forma más general, gracias a la desaparición de toda alternativa programática del escenario político.

La primera forma de dominación neoliberal se mantuvo sólo durante una década. El segundo tipo se va acercando ahora a esta edad, planteando la pregunta: ¿va a resultar más duradero? Institucional e ideológicamente, los primeros regímenes de la derecha radical en Estados Unidos y en Gran Bretaña fueron más creativos que los que les sucedieron. Agresivos

¹ Actualmente, Gran Bretaña, Alemania, Francia, Italia, los Países Bajos, Bélgica, Dinamarca, Noruega, Suecia, Finlandia, Portugal y Grecia tienen presidentes socialdemócratas. Aparte de Aznar en España, el otro país de la Unión Europea gobernado hoy en día por la derecha es Austria, al que se ha añadido recientemente Italia.

e innovadores, reconfiguraron todo el panorama del capitalismo de *fin-de-siècle*. Por el contrario, los gobiernos de centro-izquierda constituyen regímenes de consolidación: han aceptado y extendido el legado de sus predecesores, sin introducir cambios sustanciales. No obstante, a la hora de hacer efectivos sus programas, ambos modelos de gobierno se han enfrentado al mismo problema político. La doctrina del libre mercado en estado puro, verdadero espíritu motor del neoliberalismo, constituye, por sí sola, un credo demasiado árido y abstracto como para ofrecer un bocado satisfactorio a cualquier electorado de masas. El éxito en las urnas requiere siempre de un suplemento ideológico. Los regímenes de Thatcher y de Reagan lo tenían al alcance de la mano, puesto que ambos llegaron al poder tras serios reveses internacionales para sus respectivas sociedades –Vietnam e Irán en el caso de Estados Unidos; un declive económico prolongado en el caso del Reino Unido– y prometieron su compensación. A la hora de sumar votantes a su causa, la reafirmación nacional fue una fuerza de movilización más poderosa que el simple *laissez faire* –por mucho que, tal y como no se cansaban nunca de explicar, esta primera dependiera de lo segundo–. Los éxitos obtenidos en la batalla contra el comunismo soviético o contra el militarismo argentino afianzaron su autoridad. Éstas fueron victorias consensuadas. Sin embargo, otros ingredientes del suplemento ideológico de cada uno provocaron más divisiones. En Estados Unidos, el fundamentalismo religioso se convirtió en una nota cada vez más discordante en el concierto patriótico del Partido Republicano. En Gran Bretaña, el fervor chovinista acabó volviéndose contra Estados europeos aliados. Cada una de estas tensiones en la composición de la derecha, más que atraer el apoyo de las bases, provocó la oposición de sectores de opinión de otro modo favorables –mujeres de barrios residenciales o profesionales acomodados; multinacionales y agentes bancarios–. Thatcher dividió su partido por la cuestión europea y cayó. Bush fue víctima de una recesión, pero, para entonces, la mayor parte de su partido había perdido la confianza laica.

Por el contrario, los regímenes de centro-izquierda han evitado todo extremismo ideológico. El suplemento alimenticio del que dependen es una emulsión tranquilizante cuyos temas son la interdependencia entre responsabilidad y comunidad, y la compatibilidad entre competencia económica y cohesión social. Se trata de una ideología que se corresponde con deseos genéricos de cuadrar el círculo de la vida contemporánea, combinando eficacia de mercado y solidaridad cívica, altos niveles de consumo y caridad en la medida de las posibilidades, éxito individual y seguridad social. En tanto que discurso sin enemigos, tiene la popularidad prácticamente garantizada. Pero, por la misma razón, su capacidad de iniciativa independiente resulta muy limitada. Su triunfo como fórmula orgánica de la época se ha basado en el impulso político subyacente heredado de sus predecesores y en el repunte económico de finales de la década de 1990. La Tercera Vía constituye una formación nacida en tiempos de prosperidad, cuyo funcionamiento en condiciones más turbulentas todavía hay que probar. No obstante, no se trata de una formación

artificial. Se corresponde con necesidades objetivas del sistema, a las que por el momento ha dado respuesta, neutralizando toda disidencia u oposición de un modo más efectivo de lo que nunca pudieron hacerlo los regímenes de la derecha clásica.

II

Las elecciones presidenciales de 2000 proporcionaron la primera prueba seria del nervio de este nuevo orden. ¿Qué conclusiones cabe extraer del resultado? La estructura de la política estadounidense difiere significativamente de sus equivalentes europeos. La mitad de la población nunca vota. Dado que esta mitad está mayoritariamente conformada por los sectores menos pudientes de la sociedad, el resultado constituye prácticamente el equivalente de un sufragio censitario. El conjunto del espectro político se sitúa más hacia la derecha que en Europa, dejando fuera a cualquier fuerza que tenga siquiera un cariz nominalmente socialdemócrata. Esto explica que Reagan pudiera obtener un consenso mucho más amplio para su línea conservadora que Thatcher para la suya. Aunque, desde el punto de vista programático, la variante británica fuera siempre más incisiva, electoralmente se demostró mucho más débil: Thatcher nunca se ganó a más del 44 por 100 del electorado, mientras que Reagan, en su momento álgido, tuvo a su disposición a cerca del 60 por 100. A su vez, detrás del dominio republicano de la década de 1980, había un desarrollo histórico sin equivalente en Europa –los *southern bourbons*, tras un siglo de fidelidad, habían retirado su apoyo al Partido Demócrata, poniendo fin a una anomalía sociológica cuyos orígenes se remontaban a la Guerra Civil–. Éste fue un cambio intergeneracional gestado durante treinta años, cuya dinámica persistió una vez que Reagan se hubo marchado y que, finalmente, dio lugar al control republicano del Congreso de la década de 1990 –un control todavía fuera del alcance cuando Reagan se encontraba en la Casa Blanca–. El centro de gravedad político ha ido alejándose paulatinamente de las demarcaciones de la década de 1960.

En este contexto, la victoria del Partido Demócrata de 1992 fue más adventicia que sus equivalentes europeas –victoria en gran parte obtenida gracias a la candidatura de Perot, que dividió lo suficiente los votos populares descontentos como para dar a Clinton la Casa Blanca con tan sólo el 43 por 100 del total de votos–. Sin embargo, cuatro años después, Clinton no tuvo dificultades para conservarla, en las elecciones con menor participación desde 1924, con una victoria decisiva sobre su adversario republicano. Presidió entonces el *boom* –productivo y especulativo– más vertiginoso de la historia de posguerra. Hacia principios de 2000, los sondeos de opinión daban cuenta de una satisfacción récord con la actuación de la Administración. Contra este telón de fondo, los candidatos republicano y demócrata a la Casa Blanca realizaron sus campañas de otoño. Tal y como se vio después, Gore obtuvo una estrecha mayoría –con un margen menor del 0,51 por 100 en unas elecciones con una par-

tipicación del 50,7 por 100 del electorado. Alrededor de un cuarto de la población estadounidense adulta lo votó. Es posible que hubiera obtenido también una mayoría en el Colegio Electoral [*Electoral College*]² de haberse realizado un recuento manual de votos en todos los condados de Florida. Sin embargo, no estaba lo suficiente seguro del resultado de un recuento tal como para exigirlo y prefirió, en cambio, limitarse a excavar sus reductos electorales en busca de más votos, una decisión que probablemente la haya costado la Presidencia. Los tribunales de todas las instancias actuaron en función de preferencias partidistas sin escrúpulo alguno, pero no hubieran podido bloquear una petición de recuento manual completo después del segundo recuento mecánico del 8 de noviembre. Sin embargo, lo que está claro es que el sustancioso voto verde a Nader en Florida –cien veces el margen de diferencia entre el total demócrata y el republicano– privó a Gore de la Presidencia³. Rara vez, en un sistema de alternancia bipartita, ha resultado un tercer partido tan decisivo a la hora de determinar el resultado de unas elecciones nacionales.

Mucho más significativa que las disputas legales entre demócratas y republicanos en Florida fue la estructura del voto a escala nacional. Aunque, durante la campaña, la división ideológica entre ambos bandos quedó silenciada, la polarización sociológica entre sus bases se intensificó. Tanto en relación al género, como a la raza y a la clase, aparecen las mismas disparidades. Gore obtuvo once puntos de ventaja sobre Bush entre el

² En Estados Unidos, las elecciones presidenciales no son directas, sino que están mediadas por el Colegio Electoral, una reliquia constitucional del siglo xviii. Cada partido político (o candidato independiente) elige en cada Estado a una serie de individuos leales a sus candidatos a la presidencia y a la vicepresidencia e iguales en número al número de senadores de ese Estado (siempre dos) más el número de representantes que ese Estado tiene en la Cámara de Representantes (que puede cambiar cada década en función de la población censada en dicho Estado). Este conjunto de individuos o «electores» designados por cada partido constituyen el Colegio Electoral. Cuando los estadounidenses van a las urnas (el martes siguiente al primer lunes de noviembre, cada cuatro años), votan por una lista de «electores» en principio leales a los candidatos a la presidencia y vicepresidencia que prefieren, y no directamente por esos candidatos (aunque, en la práctica, en la mayoría de las papeletas no aparezca la lista completa de «electores», sino que ponga sencillamente «electores para» tales o cuales candidatos). El lunes siguiente al segundo miércoles de diciembre, la lista de «electores» que ha salido ganadora en cada Estado se reúne y emite dos votos (uno para la elección de presidente y otro para la elección de vicepresidente). Para ser elegido presidente o vicepresidente, un candidato debe reunir 270 votos en el Colegio Electoral (la mitad más uno del total de votos electorales). En caso de que ningún candidato a la presidencia obtenga la mayoría absoluta en el Colegio Electoral, es la Cámara de Representantes la que elige al presidente. En caso de que ningún candidato a la vicepresidencia obtenga la mayoría absoluta en el Colegio Electoral, es el Senado a quien toca designarlo. El sistema del Colegio Electoral fue consagrado en el artículo II, sección I, de la Constitución de Estados Unidos. Su función es reforzar al partido mayoritario y dar así estabilidad al sistema electoral, aún a riesgo de distorsionar la intención de voto popular. [N. de la T.]

³ Menos llamativo, pero igualmente decisivo, fue que Nader le quitara a la columna de Gore New Hampshire, donde consiguió tres veces más votos que el margen de la victoria de Bush. Si Gore se hubiera hecho con New Hampshire, hubiera alcanzado la Presidencia con una mayoría de 271 sobre 267 en el Colegio Electoral, incluso cediendo Florida a Bush.

electorado femenino; Bush, once puntos de ventaja entre el masculino. Gore llevó el porcentaje demócrata entre el voto negro a un récord del 90 por 100, mantuvo el voto hispano en más de dos tercios y aumentó sustancialmente (11 puntos) el voto demócrata asiático, obteniendo más de la mitad del total de votos de esta comunidad, mientras que Bush se marcó una ventaja de 12 puntos sobre Gore entre la comunidad blanca. En todos los estratos del escalafón social, hubo una correlación directa entre los ingresos familiares y la preferencia de voto, y así nos encontramos con que el voto republicano caía y el demócrata subía con cada peldaño que bajamos en este escalafón. Lo más llamativo, por tratarse de una diferencia abismal, fue que Gore obtuviera más del 70 por 100 de votos en las áreas metropolitanas de más de 500.000 habitantes, mientras que Bush se hacía con el 60 por 100 del voto rural. Estas cifras evidencian de qué lado está la ventaja política subyacente en la política estadounidense. Al igual que en Europa, la fórmula orgánica de la hegemonía neoliberal todavía se inclina hacia el centro-izquierda. No se trata sólo de que prácticamente todas las tendencias demográficas favorezcan al bloque demócrata, sino que, además, si se suman la mitad de los votos de Nader a los de Gore, se puede hablar ya de una mayoría a escala nacional 7 puntos mayor que la de Clinton en 1992 y un punto por encima de su cómoda victoria de 1996. Considerando el escenario estadounidense dentro del contexto internacional, la carrera presidencial apenas ofrece indicios estadísticos de una ruptura en la hegemonía de la política de la Tercera Vía.

III

Las elecciones se celebraron durante la expansión económica más larga en un siglo, en medio de altas tasas de empleo y de crecimiento, de un mercado de valores boyante y de un fulminante *boom* del consumo —con todos los índices muy por encima de los de la era Reagan—. Entonces, ¿por qué los demócratas, con un patrimonio económico tan espectacular y con unas tendencias sociales tan favorables, no consiguieron conservar de hecho la Casa Blanca? Podemos encontrar un modelo pertinente para la comparación en las elecciones de 1988, una contienda prácticamente simétrica en la que Bush Sr., por entonces vicepresidente titular, aplastó sin ninguna dificultad a Dukakis, tras ocho años de dominio republicano. ¿Qué impidió a Gore alcanzar una victoria de proporciones semejantes, sino mayores? La explicación que prefieren la mayoría de los demócratas y que la izquierda estadounidense comparte ampliamente echa la culpa a sus limitaciones como candidato. El Partido tenía en Clinton —así afirma la versión aceptada— a un presidente muy admirado por su gestión de la economía y del país y hubiera proporcionado a Gore una camino directo a la victoria sólo con que éste se hubiera amoldado al historial de la Casa Blanca y hubiera atacado a Bush por su nefasta actuación gubernamental y por sus promesas de campaña vacías o reaccionarias. Gore, en cambio, organizó una campaña desastrosamente ineficaz, manteniendo su

principal as –el presidente– a distancia, comprometiendo la reputación del Partido con una retórica populista y, al mismo tiempo, no consiguiendo asestar ningún duro golpe a su adversario republicano. Con todo, fue el verdadero ganador de los comicios, únicamente privado de la presidencia por una mezcla de intimidación y de fraude: el rechazo de votos de electores negros en Florida y la interferencia ilegal del Tribunal Supremo. El resultado raya la catástrofe, ya que la presencia de Bush en Washington supondrá el socavamiento de los derechos civiles de las mujeres y de los negros, la destrucción de la protección laboral, la devastación del medio ambiente, la mala administración del ciclo económico y la retirada de todo internacionalismo en el extranjero.

Esta versión apenas se sostiene. Las limitaciones del atractivo personal de Gore eran bastante reales, pero no mayores –a decir verdad, indudablemente menores– que las del viejo Bush, universalmente considerado como un palo seco, ya esté de campaña o no. Tampoco, pese a los recelos en el seno del *Democratic Leadership Council* (DLC)⁴, hay ninguna prueba de que las críticas ocasionales de Gore a las empresas –cuya mera función gestual resultaba de una evidencia extrema– alarmaran a los sectores de opinión moderados, dado el tenor insípidamente centrista del conjunto de su campaña. Los demócratas reivindicaron sin cesar el mérito de haber traído al país «paz y prosperidad» y si esto no consiguió darles lo que se dice una victoria arrolladora en las urnas fue sin duda porque –tal y como predijo Kevin Phillips a mitad del proceso– los votantes disocian cada vez más el éxito económico (aunque no el fracaso) de la responsabilidad directa de uno u otro partido, y no porque el vicepresidente fuera poco entusiasta con ellos.

¿Qué explica entonces el fracaso de la sucesión demócrata? La respuesta resulta hartamente evidente. Aunque Clinton, al final de su mandato (cuando los votantes sabían que se iban a librar de él), ocupara una buena posición en los sondeos electorales, constituía una rémora en un sentido en el que Reagan no lo era. En parte, esto se debía a que era obvio que Clinton, a diferencia de Reagan, no tenía ninguna convicción particular, más allá del deseo de quedarse en el poder: no atraía a seguidores, ni fervientes ni moderados. Para ser más exactos, los escándalos que rodearon su presidencia hicieron imposible que se convirtiera en algún tipo de eje de agregación. Clinton era claramente culpable de los cargos que se le imputaron –acoso en Arkansas, perjuicio y obstrucción de la justicia en Washington–, cargos que justificaban plenamente un proceso de destitución presidencial [*impeachment*]: la Constitución llamaba al cese de un presidente culpable hasta de «faltas» a las que les faltaba muy poco para

⁴ El *Democratic Leadership Council*, un «consejo» del Partido Demócrata a medio camino entre el gabinete de expertos y la facción, se formó en 1985 en el sur de Estados Unidos, en respuesta a lo que sus miembros consideraban una corriente izquierdista que estaba condenando al Partido al permanente fracaso en las urnas. Primer precursor de la Tercera Vía, se propone conquistar a las clases medias republicanas. [N. de la T.]

ser infracciones a la ley que, en otro tipo de cargos públicos, hubieran supuesto la dimisión o el cese inmediatos. La resistencia generalizada a esta lógica, suficientemente poderosa como para bloquearla, constaba de una serie de elementos. La sensación de ofensa a las fidelidades partidistas se extendió entre los demócratas y el séquito académico ligado al Partido. El miedo al puritanismo [*grundyism*]⁵ desató las susceptibilidades culturales. No obstante, la aversión popular al proceso de destitución descansaba en un sentimiento de fondo mucho más poderoso –un apego al *status* cuasi-monárquico de la propia figura presidencial en tanto que encarnación de la identidad nacional en el mundo en general, una fijación de finales del siglo xx ajena al espíritu de los fundadores–. Pero, si bien la opinión pública rechazaba el proceso de destitución, buscando instintivamente proteger a presidencia, por los mismos motivos, no se sentía nada contenta con la conducta de Clinton, una afrenta a la silla presidencial que no se olvidaría fácilmente.

Así pues, los mismísimos sectores de opinión –no militantes, independientes– que produjeron amplias mayorías de votos contra la destitución, cuya magnitud excedía con creces al electorado demócrata, fueron también los que, por la misma razón, no querían saber nada de Clinton dos años después. Lo salvaron por amor a un cargo que él no obstante –a sus ojos– había mancillado. No era buena idea invocarle como gran presidente. La decisión de Gore de distanciarse de Clinton en el 2000 no era fruto de la estupidez o del resentimiento. Se trataba del mismo tipo de cálculo que hizo Clinton al decidir acercarse a Gingrich en 1995. Clinton era un comunicador capaz, aunque no de la categoría de Kennedy o de Reagan, pero no era un táctico excepcional, tal y como se descubre al echar una ojeada a la primera fase de su mandato. Lo que hizo de él el diestro profesional capaz de hacerse astutamente con un Congreso republicano fue la contratación de asesoramiento estadístico experto –fundamentalmente, de David Gergen y Dick Morris– sobre lo que daría mejores resultados con los votantes. De forma similar, Gore no hizo ni un solo movimiento a lo largo de la campaña que no hubieran estudiado y desarrollado exhaustivamente sus estadistas y estrategas, sin duda no menos hábiles en su ramo que los de Clinton. Su principal descubrimiento, ampliamente transmitido, fue que el nombre de Clinton disuadía, con un margen de dos a uno, a los votantes independientes que ambos candidatos tenían que

⁵ El origen del término *grundyism* se remonta a una comedia del dramaturgo inglés Thomas Morton, *Speed the Plough* (1798), en la que hay un personaje, la señora Grundy, que los demás personajes invocan repetidamente como voz de la decencia (*¿qué dirá la señora Grundy?*). La figura de la señora Grundy se hizo muy popular y pasó rápidamente a representar la encarnación misma del decoro y la mojigatería convencionales. Hablar de *grundyism* es hablar, con cierta carga irónica y crítica, de ese ojo represivo y censor, omnipresente y normativizador, que invade el tejido social cuando las convenciones sociales más conservadoras y tradicionales se imponen como norma de civilidad. «Puritanismo» no es más que una traducción aproximativa de este término: optamos por ella a falta de un equivalente mejor en castellano que conserve todas las connotaciones culturales y simbólicas del original. [N. de la T.]

ganarse. Ante esta evidencia, por muy difícil que pudiera resultarles a los legitimistas darle crédito, Gore no podía arriesgarse a pegarse a faldas hacia las que tantos votantes indecisos sentían antipatía. Los sondeos efectuados desde que se celebraron las elecciones (pero antes de la debacle final de los indultos para conseguir fondos) demuestran por qué. Ante la pregunta de cómo se recordaría a Clinton como presidente, el 44 por 100 de los encuestados estimó que como alguien por encima de la media o excepcional y el 53 por 100, en la media o por debajo. Pero ante la pregunta de por qué se lo recordaría, el 14 por 100 respondió por «la economía/el presupuesto», el 6 por 100, por «la política exterior» y el 74 por 100 afirmó que por «los escándalos»⁶.

IV

Aquí se halla la sombra que le costó a Gore la elección. No fue el candidato, por mucho que le faltara magnetismo, sino el titular de la presidencia, al que todos atribuían un gran poder de seducción, el que convirtió lo que lógicamente debería de haber sido una victoria fácil en lo que accidentalmente se transformó en una escuálida derrota. La mala conducta de Clinton fue el guijarro en la vía que hizo que el expreso democrata se descarrilara. Aunque, desde una perspectiva más amplia, su juicio resultara hartamente trivial y no permitiera extraer conclusiones en lo que se refiere a las tendencias internacionales, no fue ninguna bagatela en el contexto nacional. Los republicanos persiguieron a Clinton por razones partidistas, buscando en principio pruebas de corrupción financiera, para luego agarrarse al adulterio. A su debido tiempo, quedó claro que Clinton había infringido a este respecto la ley en una serie de formas que constituían sin duda motivo suficiente para una destitución tal y como la concibieron los fundadores (en tiempos no tan remotos, el Senado había destituido por perjurio hasta a cargos públicos de rango inferior). Pero la ciudadanía estadounidense, pese a que no le cabía la menor duda de su culpa, no quería verlo destituido. Esto se interpretó de manera generalizada como prueba de una progresiva repugnancia popular hacia la intrusión en la vida privada de un cargo público. A decir verdad, éste era un factor real, pero políticamente secundario, en la reacción pública. La razón

⁶ Sobre este sondeo, véase *Los Angeles Times*, 14 de enero de 2001. Comentando la campaña, el asesor de campaña de Gore, Carter Eskew, lo expresó de un modo muy sencillo: «Clinton era un elefante en una cristalería». Véase su análisis retrospectivo en el *Washington Post*, 30 de enero de 2001. En los sondeos a pie de urna se aprecia, Estado por Estado, una equivalencia casi perfecta entre la imagen de Clinton y el resultado electoral. Gore se hizo con todos los Estados, a excepción de Florida, en los que el «ranking de favorabilidad» de Clinton era medio o superior (57 por 100), mientras que Bush conquistó todos los Estados en los que éste situaba a Clinton por debajo de la media, aunque fuera un solo punto, a excepción de Oregón y de Nuevo México (donde Bush perdió por menos del 0,25 por 100 de los votos). Clinton constituía un peso muerto sobre las espaldas de Gore hasta en Arkansas. Acerca de estos cálculos realizados por Thad Beyle, véase *The Economist*, 27 de enero de 2001.

principal de la hostilidad popular a la destitución de Clinton residía en la identificación con el culto a la propia presidencia, que ninguna condena criminal de un titular debía envilecer⁷.

Evidentemente, desde cualquier perspectiva verdaderamente radical, es precisamente esta postura la que habría que extirpar. No hay ningún valor que las sociedades occidentales reivindiquen más insistentemente que el del imperio de la ley. Sin embargo, los propios gobernantes son cada vez más *legibus solutus*: están, en la práctica, tal y como estaba establecido en otro tiempo en la regla romana, por encima de la ley. En la mayor parte de las democracias capitalistas de hoy en día, ocupar el más alto cargo del gobierno constituye una garantía tácita de inmunidad al castigo. Pocos dudan de que Miterrand fuera culpable de la realización de escuchas telefónicas ilegales; Kohl, de financiación ilegal; Chirac, de malversación de fondos municipales; González, de complicidad con el asesinato y Scalfaro, de apropiación de pagos de los servicios secretos. El principio *dura lex, sed lex* nunca se aplica: ninguno de ellos tuvo que enfrentarse nunca a acusaciones penales. Yeltsin en Rusia, Salinas en México y Takeshita en Japón ofrecen pintorescos ejemplos adicionales. En comparación con los crímenes de muchos de ellos, los de Clinton fueron de poca envergadura. Sin embargo, no se puede decir lo mismo de la institución que lo protegió: es mucho más peligrosa que cualquier otra. La presidencia imperial que ha venido conformándose en Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial no sólo constituye un desarrollo interior profundamente reaccionario, que erosiona las iniciales salvaguardas de inspiración ilustrada contra un poder ejecutivo ultrapersonalizado, sino también un riesgo permanente para la seguridad del mundo en general. Una vez investidos de esta mística, sucesivos presidentes —empezando por FDR⁸— han infringido la ley con impunidad, en un período en el que el poder inter-

⁷ El mejor estudio sobre el proceso de destitución de Clinton es el realizado por Richard POSNER, *An Affair of State*, Nueva York, 1999, que no sólo cubre el proceso legal —el autor es un juez del Tribunal de Apelación Federal de Chicago—, sino también la contienda política y la exaltada *Kulturkampf* que lo acompañaron. Posner, un *esprit fort* de la derecha libertaria, sin tiempo para el puritanismo sexual, concluye inequívocamente que «las violaciones del derecho penal federal de Clinton» fueron «criminales, numerosas y no técnicas». Al mismo tiempo, lamenta abiertamente las decisiones del Tribunal Supremo que permitieron que la demanda de Paula Jones —motivo de estos delitos— progresara, tachándolas de «golpes duros, ingenuos, no deseados, poco pragmáticos y gratuitos a la presidencia». Sin este desastroso error, que expuso al presidente a los peligros del ciudadano de a pie, la nación se habría ahorrado una dolorosa experiencia: «el principio según el cual hasta los más altos cargos del país están sujetos a los procedimientos ordinarios de la ley constituye un componente importante de la justicia correctiva, fundamental para la ideología del imperio de la ley. Pero algunos principios se demuestran mejores bajo la forma de una aspiración que en su versión aplicada». Después de todo, «nadie cree que Lincoln o Roosevelt deberían de haber dimitido para expiar sus infracciones de la ley» y «hasta Nixon y, de un modo más plausible, Reagan en el asunto de la Irán-Contra pudieron alegar razones de Estado como atenuantes de actos ilegales perpetrados en tiempos de guerra (fría)» (pp. 9, 13, 194, 151). He aquí todos los motivos, *in nuce*, por los que la izquierda estadounidense debería haber apoyado la destitución.

⁸ Siglas del nombre del presidente Franklin Delano Roosevelt. [N. de la T.]

nacional de la presidencia ha experimentado un crecimiento inconmensurable⁹. Ejemplos espectaculares de este tipo de infracciones a la ley incluyen a Kennedy, Johnson, Nixon y Reagan.

En estas circunstancias, poco podía haber más urgente que restringir este poder y poner límites legales y responsables al cargo. Desde un punto de vista republicano, entendido en el sentido clásico –con «r» minúscula–, la destitución sumaria de *cualquier* presidente sería algo deseable, como lección para todos los demás. Las infracciones de Clinton fueron sin duda menos numerosas que las de Reagan. Pero los republicanos tuvieron el mérito de, por motivos partidistas, hacer un enérgico esfuerzo por derrocar a Clinton, tal y como los fundadores hubieran querido que hicieran, allí donde los demócratas fueron tan cobardes que, confrontados con la extrema iniquidad legal, de mucha mayor magnitud, de la Iran-Contragate, no levantaron ni un solo dedo para hacer que Reagan rindiera cuentas. No obstante, dejando atrás todo espíritu republicano, demasiadas personas de la izquierda estadounidense se arremolinaron tras la estela del Partido Demócrata, adoptando la absurda postura de poner en duda o negar la culpa de Clinton, o bien de tratarla de simpático desliz –como si el acoso sexual, origen de los aprietos de Clinton, no debiera ser una cuestión social candente, incansablemente planteada por la propia izquierda–. En la segunda línea de trincheras, había un argumento defensivo más cínico: fuera cuál fuera la validez del proceso contra el presidente, no se podía permitir que la derecha se marcara una victoria del cariz de su destitución. A decir verdad, todo lo que hubiera pasado es que Gore se hubiera mudado a la Casa Blanca, sin cambios de partido ni de programa político y, a continuación, hubiera ganado sin duda las elecciones de 2000. El argumento que partía del miedo no resultó mejor que el argumento que se basaba en la negación de culpa. La izquierda que lo adoptó se reveló como un feudo asustado del *establishment* demócrata.

V

Tal y como cabía prever, la pérdida de la presidencia por parte de Gore ha dado lugar a una leyenda partidista que la describe como una usurpación sin precedentes de la voluntad popular que anuncia un nuevo régimen de las más horribles consecuencias sociales y políticas. Razones hay para mirar ambas afirmaciones con frío escepticismo. Es probable que Gore disfrutara en Florida de una estrecha mayoría de la intención de voto, aunque el desciframiento del jeroglífico de las papeletas impugnadas o imperfectas nunca hubiera tenido posibilidades de proporcionar un resultado sin ambigüedades¹⁰. Está claro que los afroamericanos sufrieron

⁹ No es fruto de la casualidad que los esfuerzos de Clinton por distraer la atención de las ilegalidades cometidas en territorio nacional condujeran en el extranjero al bombardeo gratuito de Sudán, Afganistán e Iraq.

¹⁰ El escrutinio de *under-votes* [papeletas que las máquinas contabilizadoras de votos no registraron debidamente] en los cuatro condados de Broward, Volusia, Palm Beach y Miami-

toda una serie de impedimentos a la hora de votar –máquinas más anticuadas, menos familiaridad con papeletas complicadas, controles de identidad más duros– por los que la población *anglo*¹¹ no tuvo que pasar. Su ira está plenamente justificada. Sin embargo, el Partido Demócrata no está en condiciones de quejarse del resultado. Su propio personal fue responsable del diseño de las papeletas más confusas (en Palm Beach). Los obstáculos racistas al voto negro no constituían en absoluto una novedad –en anteriores contiendas por la presidencia se invalidó igual cantidad de papeletas– y nunca enturbiaron la satisfacción del Partido Demócrata en las elecciones que ganó. El carácter monopolista de las elecciones se dio por sentado: Gore no sólo se negó a debatir con Nader, sino que lo excluyó físicamente de su debate con Bush. Por encima de todo, evidentemente, los márgenes a favor de un candidato o de otro en Florida resultaban insignificantes en comparación con la privación del derecho a voto sufrida por una inmensa cantidad de votantes –la mitad del total del electorado– a cuya costa ha vivido y con la cual se ha confabulado el Partido durante décadas. Lo que es escandaloso no es el resultado en Florida, sino la estructura del sistema político del que los demócratas han constituido siempre un pilar corrupto y manipulador. De un modo semejante, las protestas porque el Tribunal Supremo se pronunciara de forma partidista a favor de Bush, sin duda correctas, apenas tienen peso viniendo de quienes están satisfechos con decisiones no menos comprometidas del máximo tribunal de Florida. En todo caso, el Partido Demócrata tampoco estaba en condiciones de impedir que el organismo legislativo estatal ejerciera sus prerrogativas arcaicas pero, no obstante, constitucionales. Es evidente que, de haberse intercambiado los puestos, los demócratas –desde el candidato a la presidencia, pasando por cada una de las personas nombradas por el Partido en los distintos niveles de la judicatura, hasta los funcionarios de cada Estado y de cada condado– se habrían comportado exactamente igual que lo hicieron los republicanos en esta ocasión, y viceversa.

¿Cambia mucho las cosas el resultado de las elecciones? Durante el período del *New Deal*, existía una gran diferencia entre el programa político demócrata y el republicano a escala nacional, pese a que el Partido Demócrata albergaba una poderosa corriente meridional con posiciones más a la derecha que gran parte del Partido Republicano. Hoy en día, los demócratas, tras haber perdido el sur, forman un bloque más homogéneo que ha acabado por parecerse algo más a un primo hermano de las coaliciones socialdemócratas europeas, mientras que los republicanos

Dade en los que Gore exigió un recuento manual ha revelado que estos votos le hubieran dejado a 140 votos de distancia por debajo de Bush. Véase *Miami Herald*, 26 de febrero de 2001: «La inclusión de los totales revisados hubiera despojado a la campaña de Gore de la mayor parte de sus argumentos para el litigio que terminó el 12 de diciembre con una decisión nocturna del Tribunal Supremo de Estados Unidos». Por otra parte, apenas cabe duda de que una mayoría de las papeletas invalidadas (*over-votes*) eran demócratas.

¹¹ En los Estados Unidos, personas de origen británico o norte-europeo. [N. de la T.]

muestran una cohesión conservadora más compacta que en el pasado. Paradójicamente, sin embargo, las diferencias programáticas entre ambos se han ido reduciendo a medida que los contrastes sociológicos se han intensificado. En comparación con los tiempos de Johnson y Goldwater, no digamos ya de Roosevelt y Landon, la diferencia entre Gore y Bush era modesta. Lo cual no significa que fuera baladí. Los dos partidos no son intercambiables. Más bien, en la medida en que ambos se han desplazado hacia la derecha en las últimas décadas, las bases de la división que existe entre ellos han cambiado. Dentro de los habituales parámetros neoliberales, fijados durante las presidencias de Carter y de Reagan, los demócratas siguen siendo más favorables a concesiones limitadas a los pobres –desgravaciones fiscales, discriminación positiva, seguro contra la enfermedad [*medicaid*]– y los republicanos, a una mayor liberalidad para con los ricos –deducciones impositivas, desregulación, programas de apoyo financiero a la demanda [*vouchers*]–, de la cual el paquete de medidas inaugural de Bush brinda un clásico ejemplo.

Se trata de diferencias que hacen perfectamente racional que trabajadores con problemas económicos, negros indefensos e inmigrantes latinos voten a los demócratas, a falta de cualquier alternativa al alcance. Sin sus ilusiones y energías, el partido de Jon Corzine y de Terry McAuliffe no podría competir. El mecanismo que tiene a estos sectores de población atrapados depende de la integración en el sistema de los que podrían crear una alternativa, las personas instruidas y organizadas de cada grupo de acólitos de un partido o de otro. En la era Clinton, las recompensas sociales a la cooperación, desde hace tiempo a disposición de los líderes sindicales, se extendieron a los políticos negros de todo el país. Apenas se concede nada a la masa pobre o de color; pero los que hablan en su nombre han obtenido grandes beneficios¹². La domesticación de amplias ringeras de este estrato es la que cierra las puertas del sistema bipartidista a los menos favorecidos. En la práctica, la única vía de escape para ellos está en una indiferencia entumecida –y así nos encontramos con que la mayoría no manifiesta nunca ninguna preferencia en absoluto–.

La victoria de Bush no ha sacudido a la nación. Apenas hay iniciativas decisivas en perspectiva, dado lo equilibrados que están los dos partidos en el Congreso. Sin embargo, la práctica paridad numérica coexiste con una asimetría estructural. A pesar de que ahora la fuerza electoral del Partido Demócrata sea profundamente metropolitana y de que, por consiguiente, se concentre en las dos costas y en los Estados industriales sindicalizados del Medio Oeste, su cohesión legislativa sigue siendo desigual, debido a los elementos residuales *blue-dog*¹³ en la composición de su contingente

¹² Sobre las operaciones financieras del Reverendo Jackson y de su familia, véase el relato de *Los Angeles Times*, 13 de marzo de 2001, «When Jackson Presses, Funds Tend to Follow».

¹³ Aquí el autor hace referencia a la corriente conservadora de ascendencia meridional que adquirió fuerza institucional con la creación, en febrero de 1995, de la Coalición Blue-Dog, formada por 29 diputados demócratas moderados y conservadores de la Cámara de Repre-

meridional. Los republicanos, por el contrario, han desarrollado niveles más elevados de disciplina interna, por lo que funcionan más como un partido político europeo que como mera coalición electoral. Esto, dada la paridad en otros aspectos, concede a los republicanos una cierta ventaja en el Congreso, donde, en toda una serie de temas, pueden contar más fácilmente con votos tráfugas que los Demócratas. Por otra parte, la aparición del fundamentalismo religioso como una fuerza dentro de la facción republicana no sólo le impide llegar a una audiencia más amplia, sino que constituye un comodín que podría –en caso de que adquiriese una preponderancia aún mayor– provocar una división en su seno más profunda que cualquier división existente entre las actuales filas demócratas. Desde el punto de vista táctico, ninguno de los dos partidos le lleva una clara ventaja al otro.

La presidencia de Bush, con un controvertido origen electoral y mantenida a raya por una inminente mayoría demócrata en el Senado, no tiene grandes probabilidades de alterar en demasía el *statu quo* en el país. Probablemente, lo máximo que podrá conseguir la Casa Blanca serán injustas reducciones de impuestos y medidas reguladoras más laxas. Sin duda, la judicatura –principal pesadilla de la propaganda demócrata– mantendrá prácticamente la misma composición. Después de todo, la oposición más exaltada a la decisión por mayoría del Tribunal Supremo sobre los votos de Florida provino de un juez nombrado por Bush Sr. Mucho más decisivas para la vida de la mayoría de los estadounidenses que cualquier nombramiento de este tipo, incluso que cualquier decisión sobre gastos por parte del gobierno, serán las consecuencias del declive de la economía de la burbuja bursatil legado por Alan Greenspan. Puesto que la Reserva Federal, con el mismo presidente, continuará gestionando el ciclo económico, sería sorprendente que el cambio en la Casa Blanca tuviera gran importancia para el desenlace de este proceso.

VI

Constantemente, aunque a regañadientes, gran parte de la izquierda estadounidense se ha visto forzada a apoyar al Partido Demócrata con el argumento de que representa, en medio de un ambiente inmundo, el mal

sentantes. Según su propia declaración de principios, el objetivo de esta coalición es «construir un puente y moderar las diferencias entre republicanos y demócratas para poder así desarrollar políticas razonables que permitan llegar a soluciones eficaces». El nombre de la Coalición, que significa literalmente «perro azul», hace referencia a un dicho meridional según el cual un verdadero legitimista votaría hasta a un perro amarillo si éste figurara en las listas demócratas. Según los miembros de la Coalición, este «perro amarillo», que ha acabado por identificarse en el sur de Estados Unidos con las posturas legitimistas y conservadoras en el seno del Partido Demócrata, sufre tal ahogo en el Partido que se ha puesto «azul»: la Coalición vendría entonces a ser un esfuerzo por dar voz a este «perro azul». Además, el azul es en la cultura anglosajona el color del conservadurismo. [N. de la T.]

menor: un razonamiento con el que se acosó con especial vehemencia en 2000 a los que se adhirieron a Nader. Evidentemente, existen situaciones históricas en las que el argumento se sostiene. Allí donde acecha un peligro verdaderamente urgente y colosal, hasta el aliado menos de fiar es mejor que ninguno. Habitualmente, sin embargo, los argumentos del mal menor descansan en una exageración del mal mayor, para forzar la aceptación de lo que de otro modo sería inaceptable. No faltan ejemplos recientes de este tipo de sofismas: los socialistas españoles, que justificaron la renuncia a la República después de la muerte de Franco con el pretexto de que el fascismo estaba todavía a la vuelta de la esquina; los izquierdistas italianos, que apoyaron coaliciones centristas en Italia con el pretexto de que Berlusconi o Fini amenazaban el país con poco menos que una dictadura; los radicales británicos, que condonaron el bombardeo de Yeltsin de su Parlamento con el pretexto de que el stalinismo amenazaba Rusia una vez más. En casos como éstos, la diferencia no está entre el mal mayor y el menor. La verdadera distinción está entre un mal efectivo y otro que no lo es: y el segundo se invoca para enmascarar al primero.

A una escala más mundana, siempre existen diferencias reales entre partidos rivales en el seno de un sistema totalmente capitalista, aunque normalmente más acusadas en el ámbito del apoyo social que en el de la política que se lleva a cabo desde el poder. Sin duda, hay que tomar esto en consideración —pero en su exacto término, sin inflación retórica—. La mortal amenaza que suponen para los derechos civiles jueces del Tribunal Supremo nombrados por Bush, el espantajo más popular en los círculos liberales para disuadir a cualquiera de votar a Nader, entra dentro de esta última categoría. Dentro del contexto cultural general, la derecha cristiana es un tigre de papel. Con el Congreso dividido tan equitativamente y con la posibilidad de que tenga una mayoría demócrata en dos años, resulta improbable que la presidencia republicana pueda llegar a imponer alguna legislación controvertida de ese tipo que podría obstruirse fácilmente en el Senado. Los limitados gestos dirigidos al electorado conservador, principalmente en el ámbito de los impuestos, en el que Bush puede jugar con los miedos a una recesión a una demanda de productos de primera necesidad, son más probables que cualquier cambio trascendental, dado que la administración estará calculando desde el principio cómo conseguir el consenso popular para un segundo mandato a partir de una base inicial tan precaria, tal y como hizo Clinton después de su dudosa elección de 1992.

VII

Desde la Segunda Guerra Mundial, el que ocupara la Casa Blanca un presidente u otro rara vez ha cambiado mucho las cosas a escala nacional —salvo en el caso de Johnson y de Reagan que, de diferente forma, dejaron su marca en la sociedad—. La relativa nulidad del historial de Clinton, dejando de lado las reformas en el ámbito bancario y en el de la asisten-

cia social, es la norma¹⁴. El poder ejecutivo está restringido por la división de poderes y por el acostumbrado control opositor de una o ambas facciones de la asamblea legislativa. La parálisis es más habitual que las grandes iniciativas. Por otro lado, sin embargo, en el ámbito internacional, los presidentes gozan de un poder prácticamente ilimitado, teniendo que enfrentarse, en la mayor parte de los casos, con poco más que restricciones nominales del Congreso. Ninguna actuación nacional puede compararse en significación histórica con el bombardeo de Japón por parte de Truman, la invasión de Cuba por parte de Kennedy, la guerra de Johnson en Vietnam, la expedición de Bush al Golfo, o el bombardeo de Yugoslavia por parte de Clinton. Para la izquierda, sea estadounidense o no estadounidense, el principal criterio para juzgar las disputas por la Casa Blanca debería ser, en principio, la política exterior, y no la interior, que se propone en los programas electorales de los candidatos, puesto que es ahí donde lo que los presidentes hacen, como supremos señores del mundo, siempre importa.

A la luz de este criterio, la victoria de Bush podría considerarse a primera vista preferible a la de Gore. Durante la campaña, el candidato demócrata hizo grandes alegatos en pro de las intervenciones militares estadounidenses *ad libitum* en todo el mundo para defender los valores estadounidenses de democracia y derechos humanos, mientras que los republicanos amonestaron contra concepciones de Estados Unidos como policía universal, restringiendo en principio el número de razones que justificarían el despliegue de las fuerzas armadas estadounidenses. Ningún candidato a la presidencia ha sido nunca tan plenamente identificado con la intransigencia israelí, el punto de explosión más probable de una nueva guerra en Oriente Próximo, como lo ha sido Gore. Pocas figuras de la Administración Clinton estuvieron tan profundamente involucradas en la orquestación y promoción de la oligarquía rusa que rodeaba a Yeltsin. No es casual que toda la clase política europea prefiriera incondicionalmente a Gore que a Bush, no sólo por su mayor fiabilidad económica, sino, expresamente, como mejor garante de los beneficios de la expansión de la OTAN y de una política estadounidense pujante en todo el mundo –temas, todos ellos, reiterados en el *New York Times* y en el

¹⁴ El *Financial Times*, durante años uno de los admiradores más fervientes de Clinton, concluía tristemente cuando éste dejó el poder, «finalmente, la de Clinton fue una presidencia monumentalmente insustancial» (Gerard Baker, 19 de enero de 2001). Evidentemente, la trivialidad del gobernante no exculpa su gobierno. Si bien el impacto positivo de Clinton en la sociedad estadounidense fue mínimo, nacional e internacionalmente sus legados negativos fueron considerables. Para documentación a este respecto, véanse los artículos aparecidos en esta revista de Tom Mertes (corrupción electoral), Robert Pollin (desigualdad social), Joel Handler (reforma del Estado del bienestar), Robin Blackburn y Tariq Alí (bloqueos de Cuba e Iraq), Robert Brenner (burbuja financiera) y David Ladipo (*boom* penitenciario): NLR 1-7. Salvo en contadas excepciones, como es la expansión de la OTAN, el historial presidencial es menos uno de iniciativas activas que de adhesión pasiva a lo que parezca promover ventajas locales o personales. La aplicación del TLC norteamericano [NAFTA] constituye un típico ejemplo.

Washington Post. En cambio, los arabe-estadounidenses votaron en su inmensa mayoría a Bush, cuya victoria fue bienvenida por Ko_tunica como algo preferible al legado de Clinton.

No obstante, sería un error tomarse la retórica de campaña en sentido literal. La confianza que Jerusalén, Londres y Moscú depositaron en Gore, basada en la sólida experiencia de su papel antes y durante la Administración Clinton, estaba bien fundada. Sin embargo, la desconfianza europea hacia Bush tenía más de especulación y, en parte, se basaba en miedos a que no entendiera la importancia de alimentar un régimen clientelista en Rusia, cuya estabilidad podría ponerse en peligro más rápidamente de lo que Clinton había previsto si el Tratado de Misiles Antibalísticos quedaba en papel mojado. En América Latina, donde es más probable que impere una concepción más tradicional de interés nacional, Bush podría intensificar la intervención estadounidense en Colombia y amenazar directamente a Chávez en Venezuela. Es igualmente posible que se adopte una actitud más agresiva hacia Iraq y hacia Taiwán. Si bien las administraciones demócratas han resultado históricamente más intervencionistas que las republicanas, la diferencia no estriba ni mucho menos en la dureza y en la velocidad de las intervenciones, tal y como demuestran claramente los récords de Eisenhower en Guatemala e Irán, de Nixon en Chile y Camboya, y de Reagan en Nicaragua, por no hablar del de Bush Sr. en Kuwait. Las necesidades objetivas del imperio estadounidense en una coyuntura dada determinan el alcance del intervencionismo más que las intenciones subjetivas de los sucesivos titulares de la Casa Blanca. No cabe ninguna duda de que los compromisos *ex ante* tienen cierto peso, tal y como evidencian, en particular, las candidaturas de la Guerra Fría de Kennedy y de Reagan. Pero, en la mayor parte de los casos, la política exterior de las presidencias, que es el ámbito en el que su actuación importa verdaderamente, sólo se puede juzgar finalmente *post facto*. Si bien de momento la derrota de Gore constituye un alivio, sería un error tranquilizarse por la victoria de Bush. A lo sumo, podemos afirmar que su falta de conocimiento o interés en el mundo fuera de los Estados Unidos es una buena señal.

VIII

Alexander Cockburn ha observado que el resultado de las elecciones de noviembre era «el mejor de los mundos posibles»: ha dado un golpe de gracia muy bien merecido a la era Clinton, sin conceder un poder excesivo a Bush y mostrando al mismo tiempo que Nader podría en efecto cambiar totalmente la cosa. Se trata de un feliz veredicto. Pero sólo se da una constelación de este tipo cuando los dioses están distraídos. Los demócratas, que según cabe prever conquistarán el Congreso en dos años, esperan condenar a Bush a la suerte de su padre, como titular de la presidencia paralizado por una recesión que ya ha comenzado. Al partido le resultará difícil prescindir de Gore en el 2004, independientemente de su

opinión sobre la actuación que ha tenido esta vez, después de haberle canonizado como el verdadero ganador del 2000. Si alguien hubiera podido quitarle de en medio, Hillary Clinton –objeto ya de bombo mediático y de proyección de masas al más puro estilo Diana– hubiera sido la candidata natural; pero los indultos y el expolio del patrimonio de la Casa Blanca han frustrado temporalmente sus ambiciones. Las rivalidades entre clanes en el seno del aparato demócrata persisten, dejando terreno para las contramaniobras republicanas. De momento, no hay ninguna dirección estable en perspectiva: las señales van cambiando sin ton ni son, entre la bruma de lo que todavía constituye un interregno. Hasta que se produzca un desenlace económico –y se sepa cuán honda resulta la contracción–, es improbable que la política estadounidense ofrezca indicaciones claras al mundo.

La fórmula orgánica de la década de 1990 siempre fue más laxa que su antecedente de la década de 1980 y, en este sentido, más débil. El limitado revés de noviembre fue posible en parte por esto: aun sin la eventualidad de la destitución, el apoyo a la fórmula adolecía de intensidad. No obstante, desde una perspectiva más amplia, el equilibrio de fuerzas subyacente no parece haber cambiado mucho. Un consenso más débil puede durar más que uno más fuerte exigiendo menos a un público destinatario más amplio. En otro lugar de Norteamérica, los liberales canadienses se han deshecho sin problemas de todo desafío a su gobierno. En Europa, donde el paisaje social se ha mostrado siempre más favorable al centro-izquierda, una versión más moderada de la prosperidad que sostuvo a Clinton ha reasegurado a esta facción contra las vicisitudes y es probable que ahora el declive sea menos abrupto. En estas condiciones, la fórmula orgánica de la década de 1990 apenas corre peligro. La excepción está una vez más en el sur, donde la derecha italiana ha obtenido una victoria en mayo –con toda lógica, ya que Italia ha sido, económicamente, el peor actor de la Unión Europea desde Maastricht, debido a que la integración monetaria ha inutilizado las devaluaciones en las que se había apoyado durante tanto tiempo su exportación, mientras que las intrigas y disputas políticas han debilitado una y otra vez a la coalición en el gobierno. Por el contrario, actualmente, en el norte, cada uno de los tres principales Estados espera confiado la llegada del centro-izquierda. La economía alemana se está ralentizando pero, con el inesperado desplome de la CDU [Unión Demócrata Cristiana], Schröder ha logrado imponer medidas neoliberales que Kohl nunca pudo conseguir, convirtiéndose en el hijo predilecto del mundo empresarial alemán. También en Francia ha sido la derecha la que ha salido más perjudicada de los sucesivos escándalos de corrupción, por muy involucrada que se viera la izquierda en otros. Con una tasa de desempleo finalmente a la baja, Jospin apenas debería tener problemas para desplazar a Chirac del Palacio del Elíseo el próximo año.

En el Reino Unido, las expectativas para las elecciones de esta primavera son aún más claras. En 1997, el Nuevo Laborismo logró una arrollado-

ra victoria en las elecciones al Parlamento con menos del 44 por 100 de los votos. Por mucho que las primas de un sistema de mayoría simple la hayan distorsionado, se trata de una base política mucho más sólida que la que nunca Clinton llegó a conseguir, gracias al voto demócrata liberal –17 por 100 del total– que la flanqueó, llevando a los conservadores a extremos que los republicanos jamás han tolerado. Desde entonces, la derecha británica se ha visto dominada por furores xenófobos mucho más perjudiciales que las fijaciones religiosas de la derecha estadounidense. Aquí, el suplemento ideológico –la lucha de Gran Bretaña contra Bruselas– ha acabado por ahogar a sus proveedores, hasta el punto de que, durante la mayor parte del tiempo, éstos han dejado de representar un desafío para el gobierno. La mediocridad de la propia actuación del Nuevo Laborismo hasta la fecha, cuyos principales logros han consistido en hacer que la vía de crecimiento abierta por Major funcione cuatro años más y en apisonar el conflicto de Escocia e Irlanda del Norte, ha dejado a los votantes apáticos, asegurando probablemente un nuevo descenso en la participación electoral de este año. Pero este incremento de la abstención no tiene más probabilidades de alterar el resultado de las que tenía de alterar la reelección de Clinton en 1996. Para el Nuevo Laborismo, conseguir un segundo mandato no es más que cosa de coser y cantar. Según se va acercando la campaña, el argumento, repetido ya maquinalmente, es que, con independencia de las deficiencias del gobierno de Blair, la alternativa resulta tan inconcebible que se debe sostener este mismo régimen a toda costa. Puesto que los conservadores –todavía irremediabilmente desprestigiados y divididos por la cuestión europea– no tienen ninguna posibilidad de ganar, apenas hay motivos para estremecerse porque esto pueda ocurrir. En este contexto, el mal mayor funciona simplemente de pararrayos del mal menor, de silueta imaginaria del peligro que sirve de cobertura de la fórmula actual de poder. Un realismo crítico puede prescindir de tales interferencias atmosféricas. Mientras la economía global siga en pie, es probable que la versión más moderada del neoliberalismo –con su sensibilidad social y su esterilización política– domine el escenario. Desde una perspectiva internacional, el adversario efectivo todavía tiene que cambiar.